



En Managua, prisioneros de la antigua Guardia Nacional somocista custodiados por guerrilleros sandinistas.

# LAS NUEVAS REVOLUCIONES

**EDUARDO HARO TECGLÉN**

**L**AS revoluciones resolutivas son, parece, cosa de otros tiempos. Las del nuestro dejan una cierta suspensión de ánimo, una especial incertidumbre sobre las posibilidades del desarrollo posterior. Caen un tirano, hay una fiesta, sopla un vendaval de libertad, hay unas estatuas que se decapitan y unos símbolos que se sustituyen. Todo parece preparado para el comienzo de una nueva era. El modelo clásico de revolución, la francesa de 1789, indicó claramente cómo las revoluciones tienen esta vocación de empezar a partir de cero cuando cambió el calendario y entronizó nuevos dioses. Pero el peso de unas rémoras, de una entropía, de una estructura viscosa, llaman al orden. Hay

puntos enormemente positivos en las revoluciones o cambios de nuestro tiempo. El solo hecho de que la exaltación se produzca, y el de que los tiranos asistan al fin de otros tiranos, tiene en sí un enorme valor de civilización. Pero hay, continuamente, una sensación de freno.

Las escenas se han reproducido con tanta frecuencia en estos meses, casi en estos días, que ya nos son familiares. El tirano huye, a veces perdido por la selva y perseguido de cerca, como Macías o como Idi Amin, a veces en avión, puesto amablemente a su servicio, como el Sha o como Somoza; los revolucionarios entran en su palacio-bunker y descubren al mundo desde sus lujos hasta sus miserias: sus cárceles, sus tortu-

ras, el sadismo en que apoyó su seguridad, la ruina a que llevó su país. Las infamias del régimen derribado, sus atrocidades, sus prevaricaciones, sus robos al pueblo, sus cuentas en el extranjero, su vida sexual, sus instrumentos de martirio. Empieza una nueva era.

## Nicaragua: Los límites de lo posible

Pero, cuidado: los revolucionarios tienen que no aparecerlo, como en Nicaragua. Es difícil no ser revolucionario en un país donde, según datos de la misión de la Internacional Socialista que ha estado en Managua, los poco más de dos millones de habitantes que tiene el país están

“en peligro de hambre”. Es una situación agravada por la guerra civil. Pero que no hay que quedarse fácilmente con esta simple atribución de causa y efecto: la guerra civil surgió y triunfó porque había una situación de hambre y miseria, porque el grado de insostenibilidad era muy alto, y porque los culpables estaban claramente definidos. Los que tomaron las armas lo hicieron porque preferían el albur de la muerte violenta, con la posibilidad de un triunfo, a la muerte segura por inanición. Pero si es difícil no ser revolucionario en un país donde la mitad de la población vive en el hambre y la miseria, resulta que es más fácil no ser revolucionario. La revolución llevada al extremo causaría el

cercos exterior —ya le pasó a la URSS en 1917, ya tuvo Cuba su bloqueo: son hechos sabidos—, quizá la intervención militar desde unas fronteras hostiles. Cuba no puede ayudar —ya se sabe que "una segunda Cuba" está prohibida; además, no tiene medios materiales—, la URSS tampoco, porque está comprometida en otra política. La ayuda puede venir de medios no revolucionarios. De los Estados Unidos, desde luego, a condición de que la revolución no exista ni se contagie. La Internacional Socialista va a mandar 2.500 millones de dólares de un "fondo internacional", según anunció Mario Soares en Méjico. De lo que se trata es de establecer una democracia en debida forma. Dinero, alimentos, medicinas: la posibilidad del "segundo canal" —el complemento, o el sustituto del de Panamá—, la apertura de obras públicas para dar trabajo. La revolución no puede ir mucho más allá del derrocamiento del tirano; tiene ahora que contenerse en los límites de lo posible.

### Guinea Ecuatorial: El peligro de los partidos

En Nicaragua, "más allá de las diferencias políticas entre todos los componentes del Frente Sandinista y del nuevo poder, lo que domina hoy es la urgencia de los problemas materiales", dice Pierre Joxe, tesorero del PS francés que ha visitado el país. En Guinea Ecuatorial, el teniente coronel Nguema, que ha tomado el poder de Macías después de compartirlo durante toda su vida, ha decidido que los problemas materiales son tan graves que no va a tolerar pluralidad de ideologías ni existencia de partidos políticos. Es su forma de responder a las peticiones de la oposición, de la Alianza Nacional de Restau-

ración Democrática, establecida en Ginebra, que emplazó al nuevo régimen a que abriera las puertas de las cárceles, permitiera el regreso del exilio, aboliera la Constitución de Macías y fijara la fecha del regreso al poder civil. Una dictadura militar con carácter de tiranía, una ausencia de partidos políticos y de ideologías, ha conducido a Guinea Ecuatorial a la situación que motivó el golpe de Estado. ¿Cómo puede pensarse que manteniendo esas premisas se va a restaurar nada? ¿Por qué se acepta con esa facilidad que la aparición de ideologías y de partidos políticos está en contradicción con la reconstrucción de un país? Como en Nicaragua, la reconstrucción se espera de fuera, de los países que pueden hacerla. Guinea Ecuatorial espera, en parte, que llegue de España; España más

bien serviría de intermediaria, porque no parece que esté en condiciones reales de ayudar a nadie. Los Estados Unidos sustituirán en Guinea una cierta influencia soviética, china; Teodoro Nguema va a ofrecer ahora esta posibilidad que se negocia. No en vano los Estados Unidos no han reconocido, hasta ahora, el nuevo régimen: esperan ciertas condiciones. Una de las condiciones es que no haya un revolucionarismo, que los radicales de izquierda que se han alentado en el exilio y en la clandestinidad, que se han acentuado en las cárceles y en la tortura, estén contenidos. Teodoro Nguema y su gobierno de oficiales van a ofrecer esa garantía. Ni su vocación ni su formación les permite creer en otra cosa; ni su necesidad de poder les puede hacer creer que los partidos políticos y las ideologías son una forma de dar

nueva vitalidad a una nación. La solución aparente está en el desplazamiento del mal hacia la persona de Macías, y se emplea una fórmula ya muy conocida, utilizada en casos mayores: la locura, la personalidad vesánica. Se utilizó con Hitler y con Stalin, para dejar a salvo unos sistemas que los fabricaron y los mantuvieron: se aísla así al enemigo y se indulta y se enaltece todo lo demás. No era lo malo la dictadura, sino Macías. No era lo malo la oligarquía en Nicaragua, la dominación de Estados Unidos que le había puesto donde estaba, sino Somoza. Los españoles conocemos bien esta figura político-psicológica, que permite a los personajes del franquismo la transformación aparente y el protagonismo del nuevo régimen.

### La rudeza del ayatollah

En esta gradación inversa del resultado de las revoluciones, el punto más duro está en estos momentos en el Afganistán, donde el enfrentamiento entre la izquierda y los seguidores de Jomeini se ha hecho más duro. Por primera vez, el gobierno de Bazargan y la personalidad del ayatollah han sido acusados de fascismo en manifestaciones públicas: las que se convocaron para protestar contra las formas de censura que han cerrado ya un periódico y han dictado una ley de prensa inaceptable. Las elecciones generales han sido una farsa, el partido integrista religioso —Iowhid— asalta los locales de la izquierda y ataca a sus militantes. Una vez más es una Universidad, la de Teherán, la que lleva la parte principal de la resistencia, y la que alberga al Frente Nacional Democrático. Una vez más, los integristas atacan a los izquierdistas con las internacionales, interraciales, interreligiosas, acenas y porras;



Soldados guineanos que han intervenido en el golpe que derrocó al Presidente Macías.

una vez más, las fuerzas de orden público —los "pes-dars", los guardanes de la Revolución— desaparecen o se mantienen al margen mientras los integristas atacan a los izquierdistas, y reaparecen con bombas de humo, gases lacrimógenos y disparos al aire cuando la manifestación de la izquierda pide libertad de prensa y libertades públicas. Una vez más, los órganos oficiales y sus servidores explican que los manifestantes están pagados por el extranjero —en este caso, por el capitalismo y por el imperialismo— y les califican de amigos de Israel y enemigos de Palestina, lo cual no es evidentemente el caso. Mientras las etnias que esperaban que la liberación era para todos —como los kurdos—, se encuentran con las cargas del ejército —el mismo ejército de siempre, denominado ahora revolucionario— y los bombardeos de la aviación.

### El camino del cambio

Con menores signos de agudeza o de riesgo se ven en otros países los frenos no ya a las revoluciones, sino a cambios más modestos. Se ve en Portugal cómo se va quedando lejos la revolución de los claveles, se ve en Grecia —donde los enfrentamientos violentos del régimen con la

izquierda se hacen ya frecuentes— dónde se quedó la liberación de la "dictadura de los coroneles". Como se ve en España el refuerzo diario de la extrema derecha como ala militante y vigilante de un régimen que cierra cada vez más sus opciones a lo que servía más abiertamente democrático.

En ninguno de estos casos, ni siquiera en el más agudo y pronunciado del Irán, se puede decir que la anulación de los viejos tiranos haya sido un paso baldío. En todos hay una apertura positiva, que es el camino del cambio, aunque sea lógico que se vaya por el camino de lo posible. La capacidad de los pueblos para forzar a cambios decisivos en los gobiernos era algo de lo que se había dudado mucho a partir del asentamiento del mundo de la posguerra y la división de bloques. Estas revoluciones han demostrado que la posibilidad existe: es decir, que lo que supone un riesgo grave para las formas oligárquicas de poder es el mantenimiento de las tiranías, que en otros momentos se consideró como una salida única.

El camino del cambio, dentro de cada posibilidad de cada país, no parece ir por la instauración de eras nuevas, como soñaban las antiguas revoluciones. Pero no se ha cegado, no se ha cerrado. ■



Un rebelde kurdo, junto al puente del ferrocarril cerca de Ootur, en la frontera con Turquía.

# Las ruinas calientes de Managua

**FRANÇOIS CAVIGLIOLI**

**E**L autobús color plata de cristales ahumados se llama "Coyote de la Pampa". Entra en los arrabales de Managua, la sultana del Pacífico, tantas veces engullida, que vuelve a levantarse siempre a las orillas de su lago con olor a fiebre, la ciudad de los terremotos, de los eucaliptos y de los enterrados vivos.

El conductor lleva gafas oscuras, una "Thompson" sobre el asiento, y hace avanzar el vehículo como a través de un incendio. Se trata del autobús del retorno, y los refugiados miran con ojos desenchajados sin alcanzar a reconocer lo que fuera el barrio de los ricos. Esta es la ciudad prohibida donde se liquidaba por las buenas a los limpia-botas y vendedores de periódicos, donde las alumnas del Convento de los Pájaros, falda azul marino plisada y zapatos blancos, regresaban a casa escoltadas por los "half-tracks", y donde las niñas paseaban cochecitos de altas ruedas relucientes como féretros bajo la protección de guardias en equipo de combate. Las torres de las villas bávaras se han desplomado en los jardines ingleses ya invadidos por la maleza, y tan sólo los mastines, que antaño brincaban como pumas al otro lado de las verjas, se mantienen en sus puestos, convertidos en carroña que los gusanos devoran.

En la estación de autobuses —última realización del Presidente Somoza, como lo recuerda una losa de bronce

que parece una tumba—, los viajeros se hacían como fantasmas. Nadie se atreve a salir por la ciudad hambrienta, y todos guardan celosamente sus sacos de arroz y sus cajetillas de tabaco. Afuera, en la calle todavía desierta, sembrada de embudos abiertos por los obuses, se oye a un zapatero martillar sobre la suela en un cuchitril angosto y oscuro. Más allá, la palabra pastoral que brota de un altavoz colgado sobre la puerta de una iglesia de cemento cuya cruz yace en tierra.

El zapatero es un antiguo abogado, y el predicador, un monje guerrero, el padre Miguel de Escoto, consejero del Gobierno de Reconstrucción Nacional, que no hace sino repetir que la revolución sandinista no es anticristiana. Desde su puesto de mando, instalado en las escuelas Abraham Lincoln, en la antigua calle de los médicos y de los dentistas, cuyas salas de espera se abrían mediante puertas de doble batiente como los "saloons" del Oeste, el comandante Cero, Edén Pastora Gómez, viceministro del Interior, explica que la revolución sandinista no es comunista y que la URSS no ayuda al nuevo régimen. En el Palacio Nacional, rodeado aún de sacos terreros, cuyas balaustradas coloniales cuelgan sobre el vacío, otro miembro de la Junta, Alfonso Rodeso, afirma que Nicaragua no recibe ayuda alguna de los Estados Unidos, mientras que el ministro del